

Con pólvora mojada

Nudos y colisiones de nuestro pensamiento crítico

WENCESLAO GALÁN

Ofrecemos a continuación el Prólogo de Con pólvora mojada, obra en proceso de publicación y donde se elabora, de forma tal vez inédita, la tensión interna que bloquea hoy la fuerza política del pensamiento y, en particular, del discurso crítico.

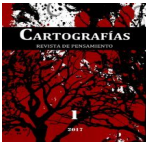
1

Volvía a casa con el ánimo alterado. Habíamos pasado la tarde descubriendo ideas, formulando problemas, desplazando con un empuje continuo el sentido de las cosas. Me venía a la cabeza la imagen de *Tristes Trópicos*: trazar pliegues, reescribir el paisaje, habilitar en él la presencia de un estrato silente y casi borrado. Y pensaba: es la misma emoción. Solo que el territorio que recorríamos nosotros no era una meseta del Languedoc sino –lo expreso sin vanidad– la consistencia política del mundo.

Durante horas sometíamos aquella presencia, tan esquiva y tan abrumadora a la vez, a la destreza de un pensamiento firme, acertado, lleno de confianza; un pensamiento que entraba en la densidad del mundo por los accesos más sorprendentes y desde los que todo, absolutamente todo, quedaba subvertido. Así que regresaba en el último tren como si llevara conmigo, en mi inteligencia y mi corazón, un tesoro recién descubierto, la riqueza de un discurso que cambiaba efectivamente las cosas y que anhelaba compartir con los demás.

Y al día siguiente, en efecto, trataba con todo mi empeño de expandir aquella emoción. Se lo contaba a mi mujer, llamaba a los amigos, reunía a los compañeros de trabajo, convencido de que estábamos en el umbral de un suceso enorme. Teníamos al fin un arma capaz de medirse con la realidad, de devolverle al mundo su aliento político genuino. Y esa arma estaba en el pensamiento. Pero no en cualquiera ni de cualquier modo sino en el que una vez más había cruzado entre nosotros la tarde anterior.

Tal vez resuene en mi relato un *pathos* algo evangélico. En todo caso, de un evangelismo doméstico y menor. Pues el asunto es que transcurría aquel día, y otro y



otro, y no pasaba nada, o al menos nada de lo que yo había sentido, nada de lo que tanto me azoraba. El mundo preservaba su forma y la realidad seguía intacta aun después de que nuestro pensamiento, como un cazador furtivo, hubiese violentado su consistencia. ¿Dónde estaba la confusión?

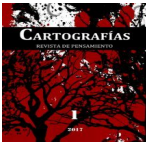
2

No es fácil describir la emoción que provoca pensar, de qué modo la irrupción de una idea, el esbozo de un concepto o una tesis, se ven recompensados por un sentimiento de turbación, alborozo o angustia –probablemente todo junto–. Pensar es en verdad un acontecimiento, ¡y de qué magnitud!

Pero ¿dónde ocurre? ¿En qué espacio tiene lugar semejante suceso? Podríamos responder, con algo de prisa o con mucha cautela, que todo ello sucede en tal o cual sitio: el sujeto, la sociedad, los libros, la historia, la mente... Y no nos faltaría razón. Cada una de esas respuestas cuenta con un aval extraordinario de autores, títulos y escuelas. Pero ahora queremos destacar algo más simple y evidente: eso en lo que consiste pensar es de entrada algo que ocurre... en el propio pensamiento.

Tampoco es fácil, por cierto, concebir que el pensamiento es un espacio donde ocurren cosas, y cosas además muy emocionantes. Años después leería en Deleuze análisis asombrosamente exactos y sencillos de esa verdad. Pero en ese momento, durante aquellas tardes, dispuestos a descubrir juntos la consistencia política del mundo, lo que en verdad estábamos descubriendo con una emoción espontánea y algo salvaje era justamente eso: de qué modo sucede el pensamiento, con qué fuerza sacude e irrumpe en medio de las cosas.

Y es que el pensamiento ni pertenece al orden aparte de los signos (los pensamientos no son “palabras”) ni al de las realidades (pensar no es plantar maíz) sino que ocurre en esa línea que avanza separando y reuniendo de otro modo las palabras y las cosas, sobre esa grieta que de pronto desplaza incontenible la presencia y el sentido del mundo. Eso era –eso es– lo que tenía lugar al pensar: el acontecimiento de ese otro discurso problemático, tanteador, exploratorio, sin el cual el discurso de siempre –la presencia de siempre, el sentido de siempre– se prolonga de modo indefinido.



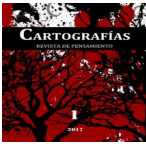
Ahora bien, ¿por qué ese suceso despertaba en mí aquella ansiedad política tan oscilante, tan difícil de manejar? El primer motivo lo acabamos de ver: el pensamiento conmociona de suyo el sentido común de la realidad, y esa conmoción sugiere en sí misma una cualidad política. Se abre otro escenario, se trastorna el horizonte, arranca un nuevo camino, y en ese trance el pensamiento roza por un momento la experiencia nuclear de la política, asume su verdad esencial: el mundo podría ser otro, las cosas podrían cambiar. Todos los pensadores, los antiguos y los modernos, desde Platón hasta Heidegger, se han sentido emplazados –deslumbrados, aturridos, confusos– en ese lugar común de pensamiento y política. Nosotros no éramos la excepción.

Pero había además un segundo motivo, más importante si cabe. Y es que si todo esto que cuento hubiese ocurrido, como es habitual, mientras estudiábamos un libro o asistíamos a unas jornadas, aquella expectativa política habría quedado atenuada desde el primer momento. El suceso de “otro discurso”, por impresionante que resultara, por más que nos sacudiese, se habría ceñido a los términos de un acto privado, de un juego social y académico –leer ensayos, escuchar conferencias– cuya fuerza pragmática, repetimos, estaría contenida y cerrada desde el principio. Al leer podrán ocurrir muchas cosas, se podrán desatar verdaderas tormentas, pero todo eso ocurre solo en mi interior, en mi subjetividad de lector despierto, alumno reflexivo, etc.

A este respecto, si la consistencia política del mundo, insistimos, la hubiéramos descubierto en un seminario sobre Althusser o tomando una cerveza en el puerto, el propio descubrimiento se habría limitado a un acto de discurso “privado”, más o menos fecundo para el sujeto que lo vive pero sin verdadera relevancia política. Momentos así, pequeñas tertulias de color filosófico, las vivimos a diario sin mayores consecuencias.

Por el contrario, nuestro pensamiento sucedía en una escena que garantizaba por principio su potencia política. Y es que, repetimos, una cosa es comentar en un bar lo harto que estoy de mi jefe y otra convocar una asamblea para denunciar ante todos la conducta de la dirección. Tal vez las “palabras” –el contenido semántico– sean las mismas, pero el efecto que provocan, la realidad que ponen en juego, es en cada caso muy diferente.

Así pues, y volviendo a nuestro asunto, se trataba de manejar las condiciones



–pragmáticas, por seguir en la línea– dentro de las cuales decir lo que pensábamos implicaba intervenir políticamente en el mundo. Y todo eso se condensaba en un solo momento, una única escena, un gesto que, bien mirado, nutría desde hacía más de dos siglos el imaginario político de la modernidad: hablar en la asamblea. Elaborar el pensamiento en el recinto vital de una asamblea, construir una alianza de amigos que encarnasen con sus voces y sus cuerpos la verdad que descubrían las ideas: tal era, en efecto, el centro cardinal y palpitante de nuestra experiencia.

Pensar dejaba entonces de ser el acontecimiento de un discurso para convertirse en el de unas vidas, las nuestras, dispuestas a politizarse en el territorio –la grieta– que el pensamiento dejaba al descubierto. En el recinto prodigioso de esa asamblea, vida, pensamiento y política se fundían en una alquimia inédita y explosiva. Pólvora de verdad: de la que huele a magnolias.

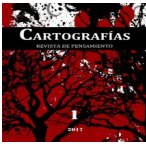
Pasado el tiempo y ya con cierta edad, me sonrío ante el grosor de los trucos que poníamos en juego para sostener esa escena. Y me viene a los labios, como al crítico aquel, un juicio preciso y amable: era un fraude inocente. Pero el alarde retórico –alianza de amigos, voces y cuerpos, pensamiento encarnado– señalaba en la dirección esencial y ponía de algún modo el dedo en la llaga: nuestras vidas.

3

Nuestras vidas... Vuelvo al tren donde regreso a casa de noche, con aquella escena retumbándome dentro. Durante los próximos días desearé, como un pequeño apóstol, prodigar ese encuentro, reunir en una asamblea vidas expuestas al desafío de pensarse juntas. Siento que no me falla el discurso y habito un fragmento de mundo suficiente para sostener ese deseo.

Pero los días, ya lo dijimos, pasan, uno tras otro, y el acontecimiento no tiene lugar. La realidad comenzará entonces a desmontar aquel impulso y a volverlo cada vez más confuso, más abstracto, más artificioso incluso. Hasta despertar en el pensamiento un escrúpulo que lo obliga a volver sobre sus pasos y a examinar otra vez con más calma, quizás también con más valentía, el suceso que estamos relatando.

Entro entonces de nuevo en la asamblea de aquellas tardes, despacio y emocionado,



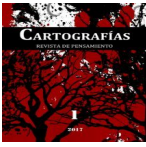
con el mismo respeto con que entraría en la Sala donde se juramentó el Tercer Estado, o en el Soviet de Kronstadt, o en la Plaza de Sol que ocupan los indignados. En efecto, cruzar ese umbral implica siempre, con los matices que se quiera, armar de nuevo el bastidor del imaginario moderno.

Pero hay algo en nuestra escena que me desconcierta. Aquí la mayoría de la gente está callada. Y así permanecerá toda la tarde. No dicen nada, no expresan nada, no exponen nada, y menos aún se exponen a sí mismos. Al principio nos gusta pensar que todo ese silencio muestra una forma cómplice de presencia. Callarse, nos decimos, es escuchar, sostener juntos la bóveda, trazar el círculo donde la palabra puede arder e incendiar el mundo. Ese estar ahí todos callados, ese silencio del Otro frente a sí, a la vez cortante y provocador, garantiza que la palabra capaz de atravesarlo asuma una condición política plena y estremecedora.

A este respecto habría en juego una lógica comparable a la del psicoanálisis. Si el discurso libera los nudos del alma, si emancipa al sujeto que lo elabora, es por el acto radical de silencio en el que el Otro lo acoge. Un acto, como se ve, tan arduo y recíproco como el de la palabra. El Otro escucha: bajo esa cláusula la palabra *puede*.

El silencio del Otro proveería así de fuerza a nuestra elocuencia, para sanar la mente lo mismo que para irrumpir en el mundo. Durante un tiempo le daré vueltas a aquella analogía, buscando el modo adecuado de explorarla. Finalmente llegará en una carta dirigida a H., amigo algo distante pero respetuoso con esta clase de asuntos. Deseo transcribir dos párrafos, para que escuche el lector la emoción que resuena en esas vivencias:

La asamblea instituye la resistencia porque la arranca del murmullo de las vidas privadas... de sí mismas, del rumor de pactos y silencios, consignas y simulacros con que cada cual se mantiene a flote. Liberados de esa miseria, los otros levantan ahora el escenario donde mi acto de discurso gana de pronto la cualidad de una acción política, la resonancia y el valor de una verdadera intervención. La escena nos descubre entonces, tras una vida de silenciamiento y desubicación, la fuerza realizativa de la voz, emplazada al fin a tomarse la

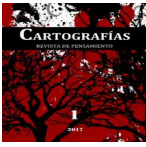


palabra, a recobrar por primera vez el acontecimiento de sí misma. Escuchémosla irrumpir de nuevo: “Aquí estoy, henos aquí...”.

Aquí estoy, en efecto, emplazado ante los otros, colmado de respeto por esa presencia anónima e ineludible, que aguanta ahí ante mí, que me aguanta a mí ante sí, que me escucha en silencio desanudar los lazos, desprenderme del miedo, abrir el cofre, sin poder saber el límite de lo que digo, sin querer juzgar el sentido de lo que expreso, de modo que solo así, ubicados en la intimidad completamente exterior –la “extimidad”, dice Lacan– de este acto comunicativo, el efecto del discurso sea restituírnos unos a otros una vida política, anunciar su posibilidad, insinuar su gesto.

Al principio nos gusta pensar todo eso... Atribuirle al silencio ajeno esa carga de sentido es un rasgo más de la generosidad que derramamos en todo. Pero satisface también –y ese es su reverso oculto– una necesidad vital para nuestros intereses. Y es que a estas alturas de camino, recién comenzado el viaje, no podríamos pensar en otras significaciones. Pensar, por ejemplo, que alguna gente no habla porque se siente inhibida, sin más, metida en una escena imponente (cien personas reunidas cara a cara) que la deja sin voz. Gente, pues, que guardaría el mismo silencio fuese cual fuese el motivo de la reunión –la situación carcelaria, el deshielo de la Antártida o el ancho de las aceras–. O pensar que hay personas que se encuentran allí más bien por curiosidad, atraídas por una convocatoria sugerente pero con la que guardan ciertas reservas. No acuden provocados por la llamada que golpea (“están hablando de mí”) sino desde una afección discreta, y su silencio es la señal justa de esa distancia. O pensar, en fin, que para otros muchos nuestra “asamblea” no es más que el nombre de un “acto interesante”, una especie de performance anunciada en las agendas culturales y a la que acuden con la disposición habitual del caso, incluida una forma de silencio ritual o litúrgico (“se abre el telón”).

Cualquiera de esas posibilidades, cuando no las tres juntas, nos enfrentaría a una verdad demasiado fuerte, demasiado perturbadora para quien acaba de zarpar: que todo



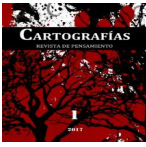
aquel silencio no es una manera cómplice de exponer y compartir la vida sino el modo común de mantenerla oculta y a resguardo.

4

Pero si todo esto ocurre en la zona silente de la reunión, en su parte locuaz la cosa no va mejor. Ante todo están los enredos, las vacilaciones, el andar a tientas; la impotencia, en suma, de un pensamiento que no alcanza a darse su propio discurso. También a este respecto disponemos de explicaciones que compensen una situación tan penosa (desanima mucho en una asamblea asistir a esa clase de intervenciones), y así hablamos, al amparo de Celan, del titubeo y las sombras como señales de la verdad. Pero con esa benevolencia eludimos de nuevo una razón tan obvia como incómoda. Y es que resulta extraordinariamente difícil, si no imposible, elaborar sobre la marcha y de viva voz un juicio consistente sobre el régimen político de nuestras vidas.

Volviendo a la analogía con el psicoanálisis, se necesitan cientos de horas para que un sujeto venza con cierta soltura el cúmulo de obstáculos, nudos y tensiones que atenazan el relato de su alma. Horas que transcurren, recordemos, en condiciones de elaboración idóneas. Pongamos ahora a esa persona, sin hábito previo y en condiciones de discurso “salvajes”, a elaborar ese mismo tema pero en su registro político. El discurso se llenará de sombras, ciertamente. Pero no serán verdades sino afasias, lagunas y desfallecimientos lamentables.

Aunque no todo el mundo anda entre tinieblas... También asisten personas –pocas– de discurso firme, seguro, compacto, sujetos que enuncian sin vacilar tesis magníficas sobre el pensamiento, la vida y la política. Ahora bien, justo en esa solidez vibra algo inquietante, un palpito extraño y premonitorio: la voz no suena espontánea, el discurso no respira vivo. Se trata, por cierto, de profesores, articulistas, profesionales de la palabra ensayada, gente acostumbrada al lugar de quien sabe, y que pronuncia en el nuevo escenario lo mismo que repite en todos. Encerrado en ese código, su acto de comunicación no puede, suponiendo que realmente lo quisiera, abrir una vida que se comparte o tocar un mundo en común. Al contrario, aquella coraza de palabras les protege también a ellos de medirse con semejante trance.



La evidencia descorazona y solo ahora, al regresar tras tantos años, tengo el valor y la madurez de pronunciarla. No estamos ahí para elaborar juntos, con decisión, resistentes, entre sombras y verdades, audaces o torpes, el territorio político de nuestras vidas. Es exactamente al revés: nuestras vidas, las vidas que realmente vivimos, es justo lo que dejamos afuera para poder levantar ese escenario.

No somos un “nosotros”, no tiene lugar ninguna “subjetivación”, no encarnamos un “lugar de enunciación” imprevisible y politizado (ya daremos cuenta de todos estos términos). Somos sujetos que, dejando aparte el curso de sus vidas, las marcas de su lugar social o el fuego de su intimidad, se reúnen para juzgar unos con otros qué pasa en la realidad. Y en su sentido estricto y burgués (un sentido que, con el tiempo, he llegado a respetar sin más), eso tiene un nombre muy preciso: público.

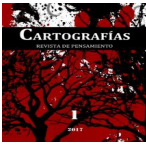
Más allá del alarde retórico o la pasión de los conceptos, ese es cabalmente el valor político de nuestra escena: un acto público de discurso, un acto de discurso inscrito en el territorio político de la publicidad, una expresión de vida, pensamiento y política sujeta a las reglas y principios de la esfera pública.

La distancia entre lo que afirmamos estar haciendo y lo que realmente hacemos al decirlo es tan insalvable; el abismo entre el sentido que contienen nuestras palabras y el del acto con que las expresamos resulta tan traumático que se hace imposible manejarlo. De entrada, la única opción es el silenciamiento. Y es que más que una infracción, lo que ocurre ahí es una auténtica “colisión pragmática”, en la amplitud brutal del término. Nadie lo dice entonces, tal vez nadie podría hacerlo, pero esa herida queda sobre el mundo abierta para siempre.

Y así, con esa lucidez costosa y valiente vuelvo a salir, tantos años después, de aquel recinto, y a dirigirme al tren que me conduce a casa noche adentro. Pero no lo hago ya con el deseo de prodigar una asamblea llena de equívocos sino alcanzado hasta la médula por un problema oscuro y punzante. Un problema que me acompañará desde entonces y que fecundará mi pensamiento tanto como me complicará la vida.

5

En efecto, el contacto con la dimensión pragmática del pensamiento es un suceso



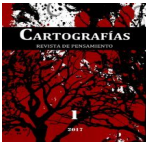
perturbador y definitivo. De pronto adviertes que el sentido y la fuerza están no en lo que dice un pensamiento sino en lo que *hacemos* al expresarlo; no en las palabras que lo formulan sino en el acto que lo elabora. Descubres esa verdad, digo, y nada vuelve a ser como antes.

El primer efecto es un malestar difuso, como un rumor de fondo, una inquietud de la que uno intenta librarse cuanto antes. En efecto, ¿qué más da que un pensamiento se exprese publicándolo en un libro, enseñándolo en un aula o comentándolo en la sobremesa? Lo que importa es su contenido, lo que *dicen* sus palabras, la idea a la que da curso. Que lo haga aquí o allá, por un medio u otro, es un asunto secundario y en todo caso “exterior” a lo que lo define como pensamiento.

Se trata de una respuesta justa y sensata, y en esos términos la tendremos siempre a la vista. Pero su gesto no basta para disipar aquella molestia inicial: no nos tranquiliza. Al contrario, el rumor crece y crece hasta convertirse, como dice Kant, en un “escrúpulo crítico” del que ya no podemos librarnos. En adelante, el problema de lo que *hacemos* al pensar marcará de antemano y como una cuestión insoslayable nuestra relación con el discurso de las ideas.

Imposible entonces seguir produciendo pensamiento crítico; imposible exponer, enseñar, escribir una página más, una idea más, una frase más, sin someter a un juicio, él mismo crítico, el valor político de toda esa producción. La línea de combate no está ya en el contenido de las ideas. Se ha trasladado a la materialidad del discurso. Por eso hay que preguntarse dónde, cómo, cuándo, con quién elaboro lo que pienso, de qué forma lo comunico, a quién se lo expreso. Y discriminar así, al margen de toda subjetividad –incluida la del autor–, en qué campo de fuerzas se inscribe un pensamiento y qué valor político asume por elaborarse aquí y no allá, de una manera y no de otra, con cierto tipo de herramientas en vez de otras.

Así pues, ¿en qué lugar te pones al producir tu discurso? No a qué lugar concibes o imaginas que conducen de suyo las ideas –al miedo, el diálogo, la subversión...– sino en qué relación con el Otro te ubica materialmente el acto de pensarlas. ¿Es un discurso que enseñas? ¿En el interior de qué espacio institucional, bajo qué reparto, con qué reglas de juego? ¿O con el que te diriges al público? Y en ese caso, ¿en qué modo de



publicidad, con qué clase de medios, en qué formato? ¿O se trata de un pensamiento que escribes? Y entonces, ¿sobre qué campo literario gravita, a qué régimen de lenguaje se ciñe, los hilos de qué reconocimiento maneja, sutil o grosera, tu escritura?

Y respecto a toda esa trama productiva, ¿qué hace realmente tu discurso? ¿La prolonga, la confirma, la interrumpe? ¿La desnuda o la encubre? ¿La suspende o la valoriza? Tampoco aquí se trata de lo que el sujeto perciba o afirme, siempre con benevolencia, sobre sus propios actos, sino del juego efectivo que despliega desde el lugar donde está. De nuevo, ¿refuerza la lógica de ese espacio o la debilita? ¿Acepta su productividad, la revoluciona, se aprovecha, ironiza sobre ella? En una palabra, ¿a qué juega de verdad tu discurso?

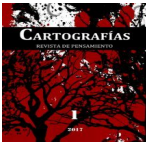
Evitar esa pregunta, eludir la “cuestión pragmática”, bien porque no se aprecie su alcance, bien porque resulte bloqueante, supondrá desde ahora una falta grave de exigencia crítica, falta que recluye al pensamiento en una nueva forma de dogmatismo, una especie de “idealismo semántico” absolutamente sensato e ingenuo pero en el que ya no podemos descansar. Nos hemos despertado para siempre de ese sueño.

6

La lucidez sobre aquel primer episodio, tan lleno de confusiones y ambivalencias, tendría su continuidad en una comprensión cada vez más clara y extensa –he terminado incorporándola como un reflejo– sobre los nudos y colisiones que afectan a nuestro pensamiento crítico. Un camino de aprendizaje ya largo, alguna de cuyas estaciones me han quedado grabadas, tal vez por su vivacidad, o por el impacto que me causaron, o por las emociones que comprometían. Las evoco ahora a la carrera, como signos retenidos en la memoria y que en algunos casos obtendrán su desarrollo a lo largo del libro. De ese modo me vienen a la presencia:

Sociologías radicales, que cargan contra la inconsistencia del espacio público, contra su falsa igualdad y su espejismo democrático, sin preguntarse no obstante qué hacen afirmando todo eso en una emisora nacional de radio, desde la que confirman y conforman la validez de la democracia y la opinión pública.

Discursos sobre la revolución que señalan la coherencia con que Gramsci renunció,



aun pobre y enfermo, a participar en la industria cultural, pero sin aclarar cómo ellos en cambio sí hacen de Gramsci y de sus gestos un valor con el que cotizarse en el mercado de la cultura, referencia conspicua en proyectos editoriales, jornadas de debate y eventos de librería.

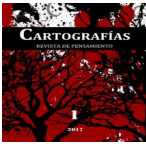
Cursos universitarios elaborados *ab initio* desde y para la institución académica, pero a los que el marketing editorial envuelve como si fueran armas de un “combate por el mundo” producidas en el seno mismo de la realidad.

Teorías que distinguen entre actos policiales de discurso, que someten la palabra a un reparto de lugares, códigos e identidades; y actos de discurso políticos, donde aquel reparto queda interrumpido. Una distinción sugerente y precisa pero que soslaya en qué medida ella misma, como discurso teórico, implica un lugar, una codificación y un reconocimiento propios del reparto policial.

Apologías del anonimato programadas en los recintos culturales de la casta y que se defienden con el nombre propio en la placa de la tribuna; luchas contra la sociedad red que difunden su antagonismo mediante “proyectos” que se asimilan a la misma morfología social a la que declaran la guerra, etc. En conjunto, tesis potentes, conceptos afilados, ideas dispuestas al combate, pensamientos, en fin, que levantan una expectativa sobre su fuerza de intervención, pero a los que una terrible colisión pragmática vuelve fallidos e inermes: pólvora mojada.

7

Vamos entonces a indagar, y a eso dedicamos este libro, en esa disfunción interna que tanto presiona sobre la vida de nuestro pensamiento crítico. Ese es nuestro propósito, y por eso hay que matizar bien y uno a uno los términos de su expresión. O sea que el problema concierne solo al discurso que se asume como “crítica”, no a cualquier forma de pensar; que pese a todo ese pensamiento, sigue siendo de manera íntima y específica el “nuestro”; que el límite de nuestro libro es “indagar” ahí, elucidar ese asunto, y que esa inspección señala a su vez la frontera pragmática –y por tanto el valor político– de nuestro discurso. En este sentido, queda fuera de nuestro alcance, como del de cualquier otro libro, deshacer los nudos o resolver las colisiones que recogen sus páginas.



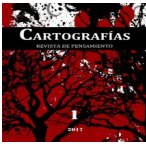
Vamos con lo primero. No todo en este mundo es la política. En absoluto. Hay muchos problemas en los que pensar: el Otro, la presencia, el lenguaje, la muerte, la conciencia, la música... Y hacerlo con pensamientos que no asumen como valor esencial el registro ideológico o los efectos políticos que eventualmente puedan implicar. Pensamientos, pues, que pueden valerse sin fricciones de los medios que la sociedad ya dispone para dar curso a la elaboración de ideas: participar en congresos, debatir en la prensa, conferenciar aquí y allá, etc. Ahora bien, esa es justo la clase de facilidad –el descanso– que no puede permitirse el pensamiento crítico, obligado ya no a concebir subversivamente el problema del Otro, el lenguaje o la dominación, sino a deshacer con su propio ejercicio –socavar, dejar en evidencia– los nudos silenciados entre teoría y práctica; a desmontar, en fin, tuerca por tuerca en qué consiste un pensamiento de universidad, museo contemporáneo o suplemento dominical. A quien asume ese trabajo la incoherencia pragmática le acecha, por cierto, como una trampa mortífera. Descansar sí, pero no en la isla de Circe...

8

Todo esto nos lleva a la segunda precisión. Quien decide cruzar el umbral que aquí traspasamos advierte al momento cuál es, por encima de todos, el primer discurso cuya pragmática queda comprometida: el suyo propio. En efecto, ¿qué se *hace* con la ambivalencia de la crítica, sus dificultades pragmáticas, su confusión? ¿Qué pasa una vez que la pólvora se ha mojado?

El asunto mismo exige de nosotros una intervención efectiva, que resuelva realmente la ambigüedad y el atasco del discurso crítico. Pero los nudos no se deshacen porque hablemos de ellos, o los describamos bien, o los concibamos con el pensamiento. Los nudos hay que cortarlos de la misma forma y en el mismo espacio donde se producen. Lo que hay que hacer con la pólvora es sacarla del agua y ponerla a secar.

En este sentido, la exigencia interna de nuestro discurso, el desafío respecto al cual se mide su valor, es crear un espacio pragmático nuevo y adecuado al problema; un modo inédito de producir ideas, que nos permita manejar políticamente –revertir, contrastar, decidir– los vínculos implícitos entre pensamiento y acto de discurso, teorización y



práctica, etc.

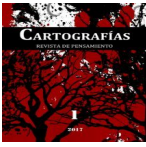
Sobra indicar que esa operación no puede consistir ni reducirse a la escritura de un libro. Escribir aclara tensiones, inspecciona obstáculos, elucida, despeja, comprende. La escritura es una pausa de lucidez donde aquel esfuerzo pragmático puede respirar y vitalizarse. Pero traducir nuestro desafío al valor de un texto –a la trama institucional de un texto– resultaría un truco perverso y francamente grosero. Al fin no habríamos hecho más que trasladar y duplicar la misma colisión, ahora en el interior del libro que la denuncia.

Puede entonces imaginar el lector, por el contrario, cuántas vueltas lleva uno metidas “realmente” en este asunto, cuántas horas y energías hemos invertido en manejarnos con él. Pero aunque el libro no sea el lugar donde inscribir todo ese trabajo, sí permite, repetimos, elaborar una reflexión que nos ayude a evaluar el problema. Y así lo hemos hecho. Queda recogida en los *Epilogos* que, como un tríptico, cierran esta obra. Ahí emplazamos al lector que desee seguir, tal vez con más calma, el desarrollo de esta experiencia, verdadero *experimentum crucis* de nuestra vida filosófica.

9

Y acabamos. Hemos preservado en todo momento la expresión “*nuestro* pensamiento crítico”. No es una frase retórica o un gesto amable de acercamiento. En absoluto. Expresa una verdad esencial de nuestro discurso aunque de nuevo ardua y difícil de tratar. Comprenderlo así exige nuestra tercera y última precisión.

De entrada pensar no es, o no sin discusión, la acción o el atributo de un sujeto; los pensamientos no son míos, tuyos, suyos... A pesar de nuestros hábitos gramaticales y de profundos estratos de cultura, no expresan tanto actos personales (“yo pienso”, “nosotros hablamos”, “ellos caminan”) cuanto acontecimientos, sucesos sin sujeto, que ocurren y tienen lugar *ahí*. Todo esto suena un poco abstracto, pero lo intuimos bien al ocuparnos de problemas como el amor, el tiempo o la moralidad. Igual que no advertíamos en ellos, decíamos, un valor político decisivo, tampoco sentimos que los pensamientos que se elaboran al respecto pongan en juego –o no de forma inmediata– las personas del verbo.



No obstante, hay una excepción: el pensamiento crítico. Cuando nos preguntamos si el capitalismo pone o no en riesgo la consistencia antropológica de los seres humanos; cuando analizamos la subjetividad inédita y compleja que produce la sociedad red; cuando advertimos las trampas donde hoy se esteriliza el deseo y se sofoca la comunicación; cuando reconstruimos nociones como multitud, anonimato o mundo; cuando discutimos si la ilustración es un proyecto obsoleto o aún inacabado; cuando volvemos a leer las páginas que alguna vez escogimos de *Mil mesetas*, *El capital* o *Tristes trópicos*, en todos esos momentos sentimos temblar en el pensamiento la presencia de un sujeto fantasmal y vibrante: *nosotros*.

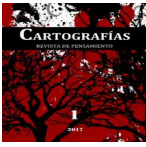
No es que haya un “nosotros” que suscriba, apoye o se reconozca en esa clase de reflexiones; un sujeto, en fin, que pueda identificarse con esos discursos, señalarlos con su dedo y decir: son los nuestros. Se trata de que en todas esas ocasiones el pensamiento expresa como una cualidad interna el que el espacio donde sucede, el lugar donde ocurre y se pronuncia su discurso –“ahí”- está marcado por la fuerza gravitatoria del “nosotros”, por su presencia vívida y ondulante.

En ese sentido, la crítica a las paradojas y perversiones del espacio público es nuestra crítica; la admiración por la figura de Gramsci –*non è di maggio questa impura aria...*- es nuestra admiración; la teoría de Rancière sobre la política es nuestra teoría. Pero justo por eso no podemos elaborar todo ese caudal sin someter a crítica, repetimos, el espacio productivo del que nos valemos y que induce en nuestro discurso nudos, colisiones y simulacros tan dolorosos. Es una obligación de respeto con nosotros mismos.

Asumir el desafío que manejamos significa, entonces, estar a la altura que nos corresponde, ponernos en el lugar que nos toca, aquí y ahora. Y por eso también al dar este paso, también en las páginas de este prólogo, resuenan –sé que el lector los ha escuchado– la exigencia y el sostén amable del nosotros.

10

Alguna de las siguientes páginas han sido comunicadas en versiones y circunstancias diversas. En conjunto, se inscriben en una secuencia de vida que ha llegado a su fin. No volveré a escribir sobre esto, o no de este modo. Lo que había que decir queda dicho. Se



abre así, ante el pensamiento, una corriente cada vez más fecunda, más vasta, más verdadera, pero que avanza ya por paisajes distintos al que componemos aquí.